

Narrativa

Una Pistola en el Armario

Reaparece el escritor A. G. Porta con un texto marcadamente crepuscular.

NARRATIVA

BRAUDEL POR BRAUDEL

A. G. PORTA

EL ACANTILADO. BARCELONA, 1999

208 PAGINAS. 1.500 PESETAS

IGNACIO ECHEVARRÍA

Semioculto detrás de sus propias iniciales, A. G. Porta comparece enigmáticamente ante el lector. En la solapa de esta novela, "la primera que publica tras una larga etapa de silencio", el editor asegura que "algunos de sus poemas y cuentos han sido publicados en Hungría y en México"; dato incongruente por sí solo, pero más todavía si se da la circunstancia de que el autor es catalán, nacido en Barcelona en 1954. Más interesante resulta saber que Antonio García Porta (pues éste es su nombre completo) es quien, ya hace más de quince años, escribió una novela en colaboración con un entonces desconocido Roberto Bolaño. *Consejos de un discípulo de Morrison a un fanático de Joyce* era el disuasorio título de aquella novela, que obtuvo en su día el Premio Ámbito Literario de Narrativa, 1984, y que publicó, con una portada asimismo disuasoria, la editorial Anthropos.

Valdría la pena que algún editor recuperara ese libro, un violentísimo *thriller* policiaco-erótico-literario ambientado en Barcelona, con ecos de Vernon Sullivan, de Kerouac, de Godard, y con banda sonora de The Doors. Y valdría la pena no solamente porque aún hoy se devora con enor-

me gusto, sino también porque constituye un interesante precedente local de determinadas conductas, de determinadas tendencias que iban a alcanzar poco después, en literatura tanto como en el cine, extenso predicamento.

Ya muy atrás aquel delirante ejercicio a cuatro manos, A. G. Porta reaparece ahora con una novela de tono marcadamente crepuscular, que se regodea en la más estereotipada mitología del héroe fatigado. El relato abarca los meses que su protagonista, camuflado bajo el falso nombre de Gustavo Braudel, pasa en la isla de Menorca, adonde se supone que se ha retirado para descansar, cuando en realidad ha acudido a desempeñar una turbia misión criminal.

Alojado en una vieja barcaza adaptada como vivienda y atracada en el puerto de Mahón, Braudel, a la espera de instrucciones, dispone de la mayor parte del día para pasear, leer, escuchar música y cultivar el pequeño círculo de relaciones que muy pronto establece con el personal de un bar próximo, el Blau de Maó, punto de encuentro de distintos personajes que tejen a su alrededor una leve pero tirante red de afectos. Fuera de ese círculo, el único nexo con el exterior lo mantiene Braudel con sus superiores, a través del correo electrónico, y cada noche, por teléfono, con McGregor, su socio en una agencia de publicidad. En un par de ocasiones lo visita Victoria, su amante de Barcelona.

Braudel ronda la cincuentena, estuvo casado y tiene una hija que quiere ser escritora y de la que apenas recibe noticias. De vez en cuando la llama, pero se limita a escuchar su voz en el contestador. En una

ocasión dicen de él que guarda cierta semejanza con Leonard Cohen. "Tú también deberías acudir a un hospital para espíritus rotos", le suelta la misma muchacha que ha destacado ese parecido. Y la música de jazz que continuamente suena a lo largo de toda la novela pone veladuras de saxo y de piano al aura solitaria de Braudel (más parecido, en realidad, al último Clint Eastwood), fiel a su propio desarraigo, y cuya pistola, escondida entre la ropa, convoca los prestigios del peligro y de la violencia, de un pasado fuera de la ley y de la norma, forjado en la renuncia de todo compromiso, de todo acomodo, de toda ternura.

Organizada en breves planos secuencia, por cuyos fundidos se cuele morosamente el tiempo, *Braudel por Braudel* viene a ser el negativo sin revelado de una novela negra. Porta entona con aplicación y buen oído, también con calculada humildad, la ya clásica epigonia del aventurero jubilado, del mercenario nómada, duro y taciturno, resignado a sobrevivir en un mundo sordo a toda vibración épica. Asomado a la cubierta de su vivienda flotante, Braudel parece a momentos una versión mediterránea, provinciana casi, y exhausta, de Maqroll el Gaviro. Como él, es un héroe residual, fugitivo, desesperanzado y culto. Irresistible. Si bien, en su ritmo tanto como en su silueta, este libro recuerda con más insistencia, aunque pálidamente, las novelas impasibles de J. M. Riera de Leyva (¿para cuándo, por cierto, una nueva?), con su seductora cifra de objetividad y escepticismo, su respiración sosegada, y ese modo elegantemente despreocupado de tararear, muy por lo bajo, las viejas canciones que tanto nos gustan.